

Retos de la educación

Gloria Stella Mora Mancipe*

“Para ser hombre, no basta con nacer, sino que hay también que aprender. La genética nos predispone a llegar a ser humanos, pero sólo por medio de la educación y de la convivencia social conseguimos efectivamente serlo.”

(Savater, 1997, p.25).

Con esta premisa Savater (1997) nos deja claro que el ser humano es un ser social, por lo tanto se educa para otros sujetos que a su vez lo determinarán como tal.

Como se forma para la sociedad, la educación implicará una práctica no sólo pedagógica, sino política, entendiendo ésta no como la búsqueda del poder para la dominación del otro, sino como una praxis que implique otras relaciones de poder, otras responsabilidades, una responsabilidad consigo mismo y con el mundo que nos rodea y determina, una responsabilidad que implica no sólo reflexión, sino también práctica. El hombre “no sólo está en el mundo sino con el mundo” (Freire, 1969, p.11) lo que implica una interacción de equidad e igualdad, donde se ha de reconocer al otro como sujeto válido para la convivencia, donde no haya un individuo pasivo y otro activo que imponga su visión del mundo sobre el otro, es por esto que la educación envuelve un acto no solamente de libertad, sino uno aún más complejo, el de reconocimiento del otro, lo que implica un acto de amor involucrando una relación íntima entre maestros y estudiantes; “la relación entre profesores y estudiantes puede ser, en efecto, intensamente íntima, pero su intimidad, cuando ocurre es una intimidad de la mente. Me atrevería a decir incluso que, en muchos casos es una intimidad del alma” (Deresiewicz, 2009, p.47), encierra además un acto revolucionario y por lo tanto romántico.

Es compleja esta noción dialéctica de educación, ya que ésta ha sido una práctica conservadora y resistente al cambio. Pero es precisamente esta dialéctica el resultado de la interacción entre la educación de élites, reproductora de ideología dominante y el ideal de educación, que se persigue en la búsqueda

de una sociedad igualitaria e incluyente; el tránsito de las sociedades cerradas a las sociedades abiertas es precisamente donde está el reto, no sólo de los educadores, sino también de los educandos, ya que debe ser éste un camino recorrido por la sociedad en su conjunto, en el que se gesten interacciones dialogales que impliquen un “otro” activo, no sólo monológicas que envuelvan un “otro” pasivo. Lo anterior constituye un proceso arduo que involucra más que aprender, se trata de aprehender la realidad con el fin de poder generar una transformación de sujetos, personas libres de ignorancia y por tanto de las ataduras ideológicas, lo que debe llevar necesariamente una actitud crítica que abarque al ser humano como creador de su propia historia.

Es este un verdadero reto, especialmente cuando se piensa en los vestigios tan fuertes de la educación tradicional, que aún en la llamada era de la tecnología y comunicación perduran y se establecen con raíces tan concretas que no pareciese permitir siquiera imaginar una transformación, y menos en una sociedad en la que la brecha entre clases sociales es cada vez más amplia, en la que la institución del estado -que debe garantizar la educación de sus habitantes- se ve día a día más subrogada al sistema capitalista imperante, dejando casi que el libre albedrío de los empresarios transforme el accionar sobre el sistema educativo y por tanto de la escuela, convirtiéndola en una organización de empresarios para usuarios, que se satisface con la producción de un ejército de *cajeros* útiles para el mercado y para la persecución de una vida mejor, para alimentar así la ideología competitiva promovida por el neoliberalismo, olvidándose de la concepción de una vida digna, respetuosa y sana.

Es así que la escuela, más que la educación en sí misma, se convierte en una institución subversiva, que ejerce una violencia no sólo simbólica por me-

* Estudiante de Licenciatura en educación básica con énfasis en ciencias sociales correo electrónico: moragloria@hotmail.com

dio de la imposición de paradigmas dominantes y visiones occidentales de la realidad, sino también y aún más maquiavélica, una violencia sistémica, que a simple vista no se deja ver, pero que está implícita en el funcionamiento mismo del sistema hegemónico; es esta la violencia que hay por ejemplo al ligar las políticas educativas a condiciones impuestas por entes como el Fondo Monetario Internacional. No estoy diciendo que la educación no deba ser subversiva, indiscutiblemente sí, de lo contrario seríamos salvajes; la introducción en una cultura implica un acto violento, lo que Freud reconocerá como “castración”, entendida como el adentramiento en un sistema de normas, concebidas para el bienestar de la comunidad; es el contrato social que envuelve el sacrificio de unas acciones a cambio de los beneficios productos de la civilización.

Es esta la única violencia que debe concebir la educación, una violencia que implica equidad entre sus partes y que, más que aceptarla, la considera necesaria para sus objetivos.

Para finalizar quisiera dejar claro que este ideal de educación no se puede alcanzar si no asumimos una postura reaccionaria frente al sistema tradicional preponderante en la escuela y esto sólo lo podemos hacer si asumimos el riesgo de pensar, de tomar una actitud crítica, de actuar frente a estructuras establecidas fidedignamente; por lo tanto, y a riesgo que se nos tache de locos, bien

dijo Freire que “nosotros como educadores y educadoras o somos un poquito locos o no haremos nada. Si, sin embargo, fuéramos solamente locos nada haríamos tampoco. Si fuéramos solamente sanos también nada haríamos. Solo hay un camino para hacer algo, es ser sanamente loco o locamente sano”. y agregaría que no solo nosotros los educadores necesitamos ser un poquito locos, sino también los educandos, aunque no desconozco que si tenemos un compromiso enorme no sólo en el aula sino en donde quiera que estemos (claro, sólo los que se consideren educadores por vocación), pero si no hay un poquito de locura de las dos partes, sería como el mito de la caverna de Platón, en donde después de liberados nosotros mismos intentaríamos liberar a los demás, existiendo la posibilidad de que no quieran ser libres.

Referencias

- Deresiewicz, W. (2009). *El Malpensante, Amor en el Campus, N° 100*
- Freire, P. (1969) *La Educación Como Practica de la Libertad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, P. *La dimensión política de la educación*. [videoconferencia].
- Savater, F. (1997) *El valor de educar*. Barcelona: Arie.